

Scott Hahn y Brandon McGinley, *Es justo y necesario*, Madrid, Palabra, 2021, 220 pp.

No es fácil que resulte aconsejable la lectura de un libro salido de los medios católicos de los Estados Unidos, entre opciones benedictinas y otras yerbas americanistas, en clave comunitarista u otra. Y, en efecto, en el caso que nos ocupa, las citas de Joseph Ratzinger, en ocasiones Benedicto XVI, dan el tono de muchos escritos, entre los que también se encuentra éste. La «dictadura del relativismo» y las «raíces cristianas de Europa o del Occidente» son, así pues, tópicos inevitables. Otro elemento difícil de esquivar en un tal contexto cultural es una ingenuidad congénita, que en este caso –es sólo un ejemplo– lleva a tomar en serio una supuesta consagración del Perú al Sagrado Corazón acaecida hace años en un contexto pintoresco. Si se suma que uno de los coautores escribe en *First Things* y que el editor castellano es una casa orgánica del Opus Dei, las aprensiones primeras parecieran quedar confirmadas.

Y, sin embargo, los prejuicios anteriores, con resultar fundados, impedirían el acceso a un libro que, en cambio, se leerá con provecho siempre que no se olvide la gravitación de lo hasta ahora dicho. Y es que la modernidad es combatida de intento, por más que no siempre total y coherentemente, al mismo tiempo que tentaciones como la del personalismo son por lo común dejadas de lado como subraya el oportuno recordatorio de la primacía absoluta del bien común a través de la cita de Charles de Koninck. El índice ya lo deja entrever: el opio del pueblo, la religión natural, la religión es una cuestión de justicia, la justicia es individual y comunitaria, la religión configura las sociedades, no se puede huir de la religión, las sociedades liberales sólo pueden ser seculares, el secularismo es idólatra, génesis y efectos de la idolatría, el secularismo es injusto, la civilización exige una religión verdadera, la religión verdadera integra las vidas individuales, la religión verdadera da forma a las familias, la religión verdadera une a las sociedades, el futuro de la civilización depende de la religión verdadera.

¿Ven ustedes? No es poco; más aún, es bastante. ¿Cómo entender, si no, que entre los bienes incompatibles con el liberalismo se encuentra la verdadera virtud de la religión o que ésta es una virtud intrínsecamente pública? ¿O que la idea misma de la Iglesia como sociedad perfecta es incompatible con el liberalismo? ¿O, incluso, que el liberalismo es un juego de trileros que promete una neutralidad que no puede ofrecer?

Gaspar LAMARCA